

Este terrible negocio será decidido prontamente, ó nosotros seremos eminentemente felices ó eternamente desgraciados; ó embriagados en el torrente de las delicias incomparables, ó sumergidos en el seno de los mayores infortunios: no habrá ya apelacion, no se conocerá la misericordia, no habrá lugar al rescate, ni tiempo para el regreso. ¡Cuánto nos importaría descender á mento con la consideracion á aquellas cavernas y calabozos formidables y devoradores, y figurarnos el estado infelicísimo de una alma que ya no tiene comunicacion con los santos: de una alma degradada de todos los títulos, privilegios y prerogativas del cristiano: de una alma que ha inutilizado y conculcado el precio de la redencion: de una alma que por sus negligencias, descuidos y profanaciones, ha cambiado la misericordia en justicia, los beneficios en castigos, el amor en odio, la clemencia en indignacion, la hermosa libertad en una penosa servidumbre, en fin, la morada del empirio en las cavernas del abismo; de una alma, finalmente, que bajo la maldicion y anatema eterno, no tienen ya que esperar sino pesares, aflicciones, desesperacion, tinieblas y suplicios inesplicables.

La religion nos repite y presenta á cada instante estas verdades que deberiamos no olvidar jamas; pero acostumbrados á formar una falsa idea de Dios, á quien confundimos con nuestra flaqueza, pensamos faltar á su justicia por dar solo oídos á su clemencia. Esta ilusion, que degrada á Dios y le atribuye nuestras pasiones, es sin duda la mas peligrosa. Dios no puede dejar de ser justísimo y verdadero; y como no nos ha dado la vida presente sino para merecer, nosotros seremos eternamente enemigos suyos, si tenemos la desgracia de morir en pecado mortal. Todas nuestras reflexiones y discursos no pueden alterar este decreto. ¿Cómo, pues, siendo la existencia del infierno uno de los artículos de nuestra Fé, vivimos en la indolencia? ¿Creerán que le hay esas personas que viven tranquilamente en el regalo y en el pecado? ¡Esas mugeres para quienes el mundo es un ídolo? ¡Esos libertinos cuya vida es una cadena de pecados, que se burlan de las mas santas prácticas de devocion, del mismo infierno y de los que le temen? Esas gentes de delicias que pasan su vida en un olvido constante de Dios, que solo tienen una ligera superficie de religion, ¿creerán que hay infierno y que sus penas son eternas? Grabemos nosotros fuertemente en nuestra alma la idea de tan terrible verdad, para no experimentar después de la muerte lo que no quisimos meditar en la vida.

Viernes de la segunda semana de Cuaresma.

El introito de la misa de este dia es del verso último del Salmó XVI, y dice: "Por lo que á mí toca, compareceré siempre puro á vuestros ojos, y no estaré plenamente contento, sino cuando es veré perfectamente glorificado; ó segun otra version, cuando me introduciréis en vuestra gloria. Así acaba David este Salmó, que compuso durante la persecucion de Saúl, y tiene por título: *Oracion de David*, porque este profeta ora en él á Dios con una confianza y un fervor particular; y es un modelo de una perfecta oracion. David se queja vivamente en él de la injusticia de sus perseguidores, y de las calumnias que se le imputan; y como está seguro de su inocencia, apela al soberano Juez, y lo pone por testigo de la rectitud de su corazon y de sus intenciones. Esta oracion conviene perfectamente á Jesucristo, calumniado y perseguido cruelmente por los judíos, sin embargo de los muchos beneficios que les habia hecho, y de la evidencia de su inocencia. Conviene sobre todo al oficio de este dia, que nos representa tambien bajo dos figuras al Hijo de Dios, maltratado y desechado por los hombres, á quienes habia sido enviado por el Padre Eterno. La una de estas figuras se ha tomado del Génesis, de la persona de José, hijo predilecto del patriarca Jacob, enviado á sus hermanos y vendido por ellos á los Gitanos; la otra es del Evangelio, donde se cuenta la parábola de un padre de familias, que habiendo enviado su propio hijo y heredero de su reino á unos vasallos rebeldes, lo vió todavía mas maltrato por ellos que lo habian sido los criados y ministros, que les habia enviado de antemano para ponerlos en orden y reducirlos á su obediencia. La historia de José, figura de Jesucristo, es la materia de la Epístola de este dia.

José, hijo de Jacob y de Raquel, el mas jóven de sus hijos, fué entre todos sus hermanos el mas amado de su padre; no solo porque lo habia tenido en su vejez, sino por su modestia, por su afabilidad, y porque era el mas hermoso de todos. Esta predileccion excitó contra él los celos y el odio de sus hermanos, el que se aumentó mas y mas con ciertos sueños que José les contó delante de su padre; y con el motivo de una túnica que el santo viejo le habia hecho de lino fino de varios colores, lo que jamas habia hecho con nin-

guno de sus hermanos. Había soñado José que atando con ellos unas haces en el tiempo de la siega, su haz se mantenía derecha, y los de sus hermanos se inclinaban delante de él en ademán de adorarlo: otra vez creyó ver en sueños al sol, luna y estrellas, bajar del cielo á la tierra, y postrarse delante de él como para prestarle homenaje. En toda la relacion que hizo de estas visiones, se descubre el candor y la inocente sencillez de José, que sin recelar de la mala voluntad de sus hermanos, les cuenta ingenuamente unos sueños, cuyo sentido comprendieron demasiado.

Aunque Jacob reconoció que estos sueños no podían dejar de tener algo de misterioso, sin embargo, previendo el mal efecto que esta relacion podia producir en unos corazones envidiosos y resentidos, de los cuales solo salían palabras duras contra José; lo reprendió, diciéndole que era demasiada su presuncion, si creia que él, su madre y sus hermanos habian de honrarlo y respetarlo como á su señor y su superior. San Agustin nos hace ver que estos sueños tomados al rigor de la letra, no se cumplieron perfectamente en José, sino solo en la persona de Jesucristo, de quien José era figura. Sus hermanos llevaron su odio hasta el extremo, pues resolvieron deshacerse de él, para librarse de un censor molesto que parecia haberlos desacreditado, contándole á su padre sus desórdenes. No tardaron mucho en poner en ejecucion sus perniciosos designios; pues habiéndole enviado Jacob un día á saber cómo les iba á sus hermanos, aun no bien lo descubrieron, cuando se resolvieron á quitarle la vida. Hubieran ejecutado su depravado designio, si Ruben, uno de ellos, no lo hubiera embarazado con sus ruegos y representaciones. Mas no pudiendo sacar á José de entre sus manos, le aconsejó que lo arrojaran en una cisterna vieja, que era una especie de pozo cavado en medio del campo, á donde las aguas de las lluvias y de las nieves se juntaban, y servian en los grandes calores para abrevar el ganado y beber los pastores. Como esta cisterna entónces estaba seca, el designio de Ruben era dejar pasar el primer fuego del enojo de sus hermanos, condescendiendo en algo con su rebato, y sacar despues á José de la cisterna y volverlo á enviar á su padre; mas su dictámen y esperanza fueron frustrados, porque habiendo sido arrojado José á la cisterna, sin que sus gemidos y lágrimas excitasen la menor compasion, viendo á unos mercaderes Ismaelitas ó Arabes, segun el texto hebreo, que venian de Galaad con sus camellos cargados de resina, mirra, bálsamo y de toda especie de aromas,

las que llevaban á Egipto, sacaron á José para vendérselos, recibiendo en precio veinte siclos, que hacen cerca de treinta pesetas de nuestra moneda antigua; ó segun algunos ejemplares antiguos, treinta piezas de plata; precio á que habia de ser vendido Jesucristo. Estos mercaderes lo vendieron en Egipto á Putifar, príncipe de la milicia, ó capitán de las guardias de Faraon; el que viendo que su esclavo nada tenia de servil en sus costumbres, y descubriendo un aire de nobleza, y un fondo de prudencia y de probidad, nada comun en sus palabras, descargó sobre él el cuidado de su casa, de la que le dió la intendencia ó mayordomía. Nadie ignora las aventuras de José, la calumnia con que lo infamó la muger de Putifar por no haber querido condescender á los torpes deseos de esta, recibiendo injustamente el castigo de una prision, de la que no salió sino para recibir en premio de su inocencia el cargo de gobernador de todo Egipto. ¿Qué figura mas propia de los malos tratamientos que el Salvador recibió de los judíos, que los que recibió José de sus hermanos? ¿Y qué figura representa mas al vivo el triunfo de Jesucristo, que el de José? La inhumanidad y la barbarie de los hermanos de José son los caminos de que se sirvió el Señor para hacerle subir hasta el trono, así como el horrible deicidio de los judíos fué el camino de que se sirvió Jesucristo para manifestar su divinidad á toda la tierra.

El Evangelio de este día tiene una perfecta relacion con la Epistola. Acababa el Hijo de Dios de echar en cara á los judíos los malos tratamientos que habian recibido de ellos todos aquellos que les habia enviado Dios para convertirlos ó instruirlos, cuando por fin les contó una parábola, que era la verdadera imagen de los indignos modos con que lo habian de tratar á él mismo, y con que iban á poner el sello á su reprobacion.

Un padre de familias, les dijo, plantó una viña, la puso su cerca, hizo en ella un lagar y edificó una torre: arrendóla á ciertos labradores, y él se partió á léjas tierras, donde hizo una mansion bastante larga. Esta viña que el padre de familias habia puesto en estado de ver cultivada y de dar mucho fruto, es la sinagoga, ó la nacion hebrea, la que Dios habia escogido por su pueblo favorecido, á quien habia dado su ley y provisto de todas las cosas necesarias para llevar copiosos frutos de santidad y de justicia. Los judíos eran los labradores que debian cultivarla, ó por mejor decir, que debian cultivarse á sí mismos por la obser-

vancia de la ley y la práctica de las virtudes que esta ley les prescribía. El padre de familias se había ausentado despues de haber arrendado su viña; como si dijera, que Dios había dado á su pueblo todo el tiempo necesario para que este fondo redituara, y para recoger los frutos que debían exigirse de su cultivo. La cerca que debía defenderla de las bestias y de los pasajeros, eran sus mandamientos, los que siendo bien observados, la defendían del contagio del mal ejemplo de las naciones idólatras. Edificó en ella un lagar y una torre, es á saber, su templo y altar, los que debían ponerla al abrigo de todo insulto. Nada tenía esta viña que desear para ser fértil y llevar copioso fruto. ¿Qué he debido hacer con mi viña que no haya hecho, dice el Señor, y esto despues de tantos siglos? Llegado el tiempo de los frutos, envió el padre de familias sus criados á los renteros para cobrar los frutos de su viña. Pero los renteros, en lugar de recibirlos con la honra que correspondía á los que eran unos enviados de su señor, los prendieron y los trataron indignamente, dando de golpes á uno, matando á otro, y apedreando á todos. El padre de familias envió todavía á otros criados en mayor número que los primeros, y fueron tratados del mismo modo. Estos criados del propietario que fueron á cobrar la renta, son los profetas que envió Dios en diferentes tiempos á los judíos. Finalmente, el padre de familias, continúa el Salvador, visto el desprecio y crueldad con que los renteros habían tratado á sus criados, se resolvió á enviarles la persona que mas amaba, esto es, su Hijo único, esperando que á lo ménos tendrían respeto al heredero, que por lo mismo era también su Señor; pero se engañó en su esperanza; porque aquellos desventurados, viendo acercarse á ellos el Hijo único de su Señor, y conociéndole bien, determinaron matarlo, esperando apoderarse de sus bienes y mantenerse en posesion de su viña. En efecto, lo prendieron, lo sacaron fuera de la viña, y allí le quitaron la vida. Cuando venga el Señor de la viña á castigar á estos rebeldes y homicidas, les dijo el Salvador, ¿con qué pena os parece los castigará? Todos á un tiempo le respondieron que no había suplicios bastantes para castigar tan horribles atentados; que no dejaría de hacer en ellos un castigo ejemplar, y que arrendaría su viña á otros renteros que tuviesen una conducta muy diversa, y que le pagasen sus frutos á sus tiempos.

Se cree que fueron los sacerdotes los que dieron la respuesta, la que confirmada por Jesucristo, les hizo comprender bastantemente

que ellos mismos eran aquellos contra quienes habían pronunciado esta sentencia. Era difícil no conocerse á sí mismos en este retrato; porque ¿quién no ve que los judíos eran visiblemente señalados en estos renteros, y Jesucristo en la persona de este Hijo único? Bien pronto se manifestó y probó el sentido de esta parábola; pues á pesar de las pruebas que los pontífices y fariseos tenían de la divinidad del Hijo de Dios, y de su calidad de Mesías, no tardaron mucho en condenarlo á muerte con el fin de quedarse solos por maestros del pueblo, y conservar su reputacion y fama en la sinagoga. Fué echado de su viña Jesucristo cuando lo sacaron fuera de Jerusalen para crucificarlo; la analogía en esta parte no puede ser mas perfecta. Finalmente, la sentencia dada por los mismos judíos ha sido ejecutada en la reprobacion de los judíos y en la vocacion de los gentiles. ¿Qué equitativo es Dios en sus juicios, pues fuerza á sus enemigos á hacerse justicia, y á pronunciar ellos mismos la sentencia de su condenacion! Su conciencia les hacia conocer con demasiada evidencia que toda esta parábola hablaba con ellos, y así añadieron, dice San Lucas, esta plegaria: "No quiera Dios que esto nos suceda á nosotros: Dios nos guarde de semejante desgracia." Sin embargo, el Salvador, que aunque les echaba en cara su delito no dejaba de desear sinceramente su conversion, les hizo acordar de un pasaje de la Escritura que venia admirablemente á su asunto, y es aquel en que el Profeta, representándonos la Iglesia bajo la figura de un gran palacio que edificó Dios con sus propias manos, dice que la piedra que desecharon los que edificaban, es la que ha servido para formar la punta del ángulo que une todo el edificio; como si dijera el Salvador: Vosotros me habeis desechado por inútil: habeis menospreciado mi persona y mi doctrina; pero el Señor se burlará de vuestra mala eleccion: sabrá ponerme en el ángulo del edificio, donde será la piedra de union que juntará una con otra las dos paredes, esto es, el judaísmo y el gentilismo en una misma ley, como dice San Pablo, la Sinagoga y la Iglesia. Esta piedra angular es Jesucristo, fundamento incontestable de la Iglesia. Los arquitectos que la desecharon son los escribas y fariseos que impidieron á los judíos el que establecieran su fé y su confianza sobre el Mesías.

La aplicacion de todo este discurso era fácil; pero aquellos doctores de la ley eran demasiado soberbios para condenarse á sí mismos. Y así Jesucristo se vió obligado á decirles en términos for-

malés: Vosotros sois con quienes habló todo este discurso, y yo os malés: en castigo del desprecio que haceis de los favores del cielo, os será quitado el reino de Dios, que hasta aquí ha estado entre vosotros; vuestra ley y vuestro sacerdocio serán abolidos y vosotros no tendreis parte alguna en los bienes de la ley de gracia: seréis privados de la luz del Evangelio, la que será llevada á los gentiles, quedando la Sinagoga enteramente destruida. Finalmente, al acarbar el Salvador este importante razonamiento, les dijo con un tono de Maestro: Sabed que el que cayere sobre esta piedra, se estrellará; quiere decir, los que continuaren en menospreciarme, y rehusaren reconocermé por lo que soy; esos espíritus incrédulos y orgullosos, para quienes mi cruz será un escandalo, y mi doctrina una necedad; esos hombres que no tendrán otro espíritu mas que el del mundo, y que gritarán contra mí en su ceguedad, se estrellarán, se perderán, serán reprobados; y de esta misma piedra molerán á aquellos sobre quienes caerá; es á saber, en el juicio final, cuando mi brazo omnipotente descargará sus golpes sobre todos los pecadores, y les hará sentir todo el peso de mi indignacion y de mi enojo.

La Epistola es del capítulo XXXVII del libro del Génesis.

En aquellos dias dijo José á sus hermanos: Oid lo que he soñado: Pareciame estábamos atando gavillas en el campo, y como mi gavilla se alzaba y se tenia derecha, y que vuestras gavillas puestas al rededor adoraban mi gavilla. Respondieron sus hermanos: ¿Pues qué, has de ser tú nuestro rey? ¡O hemos de estar sujetos nosotros á tu dominio! Así pues, la materia de estos sueños y coloquios fué fomento de la envidia y del odio. Vió tambien otro sueño, que refirió á sus hermanos, diciendo: He visto entre sueños como que el sol, y la luna, y once estrellas me adoraban. Y habiéndolo cotinado á su padre, y á los hermanos, su padre le respondió diciendo: ¿Qué quiere decir ese sueño que has visto? ¿Por ventura yo, y tu madre, y tus hermanos postrados por tierra te habrémos de adorar? De aquí es, que sus hermanos le miraban con envidia. Mas el padre consideraba en silencio estas cosas. Y como sus hermanos apacentando los rebaños de su padre estuviesen en Siquem, dijole Israel: Tus hermanos guardan las ovejas en los pastos de Siquem: ven, que quiero enviarte á ellos. Y respondiendo él: Pronto estoy: Jacob le añadió: Anda, ve, y averigua si tus hermanos lo pasan

bien, y están en buen estado los ganados; y traeme razon de lo que pasa. Despachado, del valle de Hebron, llegó á Siquem; y habiéndole encontrado errante por los campos un hombre, le preguntó qué buscaba. A lo que respondió José: Ando en busca de mis hermanos: muéstrame dónde pastan los ganados. Dijoque aquel hombre: Apartáronse de este lugar, y les oí decir: Pasemos á Dotafn. Con esto marchó José en busca de sus hermanos, y hallólos en Dotafn. Los cuales luego que le vieron á lo léjos ántes que se acercase á ellos, trataron de matarle; y decíanse unos á otros: Aquí viene el soñador: ea, pues, matémosle, y echémosle en una cisterna vieja: diremos que una bestia feroz le devoró; y entónces se verá, qué le aprovechan sus sueños. Oyendo esto Ruben, se esforzaba en librarle de sus manos, y decia: No le quiteis la vida, ni derrameis su sangre, sino echadle en aquella cisterna *seca* que está en el desierto, y no mancheis vuestras manos. Lo que decia con el fin de librarle de ellos, y restituirle á su padre.

El Evangelio es del capítulo XXI de San Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas de los judíos, y á los príncipes de los sacerdotes esta parábola: Habia un padre de familias que plantó una viña y la cercó de vallado; y cavando hizo en ella un lagar, y edificó una torre: arrendóla despues á ciertos labradores, y se ausentó á un pais lejano. Venida ya la sazón de los frutos, envió á sus criados á los renteros para que percibiesen el fruto de ella. Mas los renteros acometiendo á los criados, apalearon al uno, mataron al otro, y al otro lo apedrearón. Segunda vez envió nueve criados en mayor número que los primeros, y los trataron de la misma manera. Por último, les envió su hijo, diciendo para consigo: A mi hijo por lo ménos le respetarán. Pero los renteros al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos alzarémos con su herencia. Y agarrándole le echaron fuera de la viña, y le mataron. Ahora bien, en volviendo el dueño de la viña, ¿qué hará á aquellos labradores? Hará, dijeron ellos, que esta gente tan mala perezca miserablemente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen los frutos á sus tiempos. ¿Pues no habeis jama leido en las Escrituras, les añadió Jesus, la piedra que desecharon los fabricantes, esa misma vino á ser la clave del ángulo? El Señor es el que ha hecho esto, y es una cosa admira-

ble á nuestros ojos. Por lo cual os digo que os será quitado á vosotros el reino de Dios, y dado á gentes que rindan frutos. Ello es, que quien cayere sobre esta piedra, se har á pedazos; y ella hará añicos á aquel sobre quien cayere. Oídas estas parábolas de Jesus, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos entendieron que hablaba por ellos. Y queriendo prenderle, tuvieron miedo al pueblo; por que era mirado como un profeta.

MEDITACION.

Considera que así como en la parábola de la viña que propuso el Señor á los judíos describía todo lo que había hecho en beneficio de la sinagoga y la ingratitud con que ésta le había correspondido, hasta vejar á sus enviados los profetas, perseguir y quitar la vida á muchos de ellos, y lo que es mas incomparablemente, hasta meditar y tramar el deicidio con que iban á poner el colmo á su maldad y sellar su reprobacion, así tambien anunciaba el plantio y ereccion de otra viña mucho mas excelente que iba á establecer en su Iglesia y que había de permanecer en la tierra hasta la consumacion de los siglos: viña tan superior á la reprobada sinagoga, cuanto va de la realidad á la figura: viña cuyas vides habían de ser regadas y fecundadas con la sangre del Cordero, y cuyos pámpanos abundosos habían de presentarse para eterna bendicion de su Autor soberano en la patria celestial; pero viña al mismo tiempo que podia perderse por los hombres, dejando de existir en aquellas regiones en que por la infidelidad, la corrupcion y el cisma se rompiese el vínculo que une á toda la Iglesia bajo de una cabeza. Así es que aunque esta nueva viña en sí misma no pueda faltar en lo absoluto de la tierra puede quitarse á los arrendatarios á quienes se había dado para su cultivo y aprovechamiento. Triste ejemplo son de esto tantos y tantos países que en la cristiandad fueron un tiempo viña del Señor, y hoy son campos eriasos, áridos y lóbregos desiertos, habitados solo de las fieras del error y la heregía; y acerca de estos nuevos colonos, se ha verificado tambien la prediccion del Salvador contenida en la misma parábola: ellos se corrompieron, y claudicando en la fé y en la razon, juzgaron que podían hacer propia heredad la viña del Señor. Los predicadores evangélicos contradijeron tan errada empresa; mas el patíbulo fué la recompensa de su acendrada caridad.

Niegan los colonos la fé de Jesucristo, y con ella pierden la viña, dejando de ser ellos heredad de Dios. ¡Desgracia suma, digna de llorarse con lágrimas de sangre! ¡Crimen horrendo, merecedor de un fuego mas poderoso y destructor que el que consumió á Sodoma y Gomorra! Pero desgracia y crimen al mismo tiempo de que los hombres no se duelen ni arrepienten, y que hoy amaga á muchas provincias de la Iglesia y hace su estrago en otras.

Considera que, así como la viña se compone de muchas vides, que pudieran llamarse otras tantas viñas, así la viña de la Iglesia se forma de las vides de sus fieles hijos, en cada una de las cuales puede decirse que ha plantado el Señor una viña. La cerca de sus mandamientos divinos, tanto defiende á la totalidad de la Iglesia, como á cada uno de sus hijos en particular: el lagar y la torre, que son el templo y el altar, aprovechan al todo aprovechando á cada parte: Jesucristo, que es este templo y altar místicos, así como se ha dado á toda la Iglesia, así se ha dado á cada uno de sus hijos: su gracia se da al cuerpo, dándose á cada miembro; de manera que del socorro, aprovechamiento y perfeccion de cada uno de sus individuos, resulta el aprovechamiento y perfeccion del todo. Y bien, ¿qué consecuencia sacamos de estas premisas? La de conocer que para que se mantenga en pié esta viña, dé los frutos debidos á su Dueño soberano, y sea reconocida por éste como su legitima y verdadera viña, es necesario que cada uno de nosotros trabaje en el cultivo de las virtudes con que se forma la viña en su propia alma. ¡Ah! Si así se hiciera por todos los individuos de un pueblo cristiano, ¿cómo podria dejar de ser viña del Señor? Los pastores del pueblo, los sacerdotes, los ministros mantendrian su mision, conservarían su autoridad, y harian resplandecer su dignidad con un arreglo de costumbres, una santidad de vida correspondiente á aquella dignidad. Los gefes de la nacion podrian estar satisfechos de que Dios decia de ellos: "Por mí reinan los reyes, por mí mandan los príncipes, por mí dan leyes justas los legisladores, por mí los jueces decretan la justicia; pues todos estos llenarian en sus cargos los deberes que les impone la religion y que exige de ellos la salud del pueblo. Los padres de familias, los superiores de toda asociacion se encontrarían secundando con el ejemplar de sus virtudes la doctrina que dan á sus hijos y súbditos, y la correccion saludable con que deben apartarlos del mal y encaminarlos al bien; y estos mismos hijos y súbditos, obedientes á la ley, sujetos á la autoridad, pu-

ros en sus costumbres, humildes y dóciles á la voz de sus conductores, representarían la inocencia y sumision de las candidas ovejas, que conducidas por el solícito pastor, caminan sin extraviarse, se nutren y alimentan de pastos saludables, y se albergan en lugares oportunos, siempre al abrigo de los vientos dañosos y de la invasión de las fieras. La paz, el órden, la caridad recíproca, el mútuo socorro, la union de todos bajo de una fé, de una ley, de un espíritu, perfeccionarían esta viña, que fiel á su Señor, productiva y fecunda, no prestaría á su emoroso dueño motivo alguno para que la negase ni apartase de sí. ¡Ah! Si tenemos interes en la conservacion y aumento de esta viña, cultive cada uno de nosotros su propia viña, sea fiel á su Señor, y habrémos conseguido nuestro intento.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Esto es, dulce Jesus mio, lo que yo por mi parte te ofrezco ejecutar: lloraré amargamente la desgracia del pueblo en que me has hecho nacer, si este se pierde y deja de ser tu verdadera viña; pero me cabrá el consuelo de que no sca por mí, ni tenga yo parte en su escision fatal; y al mismo tiempo me cabrá la confianza de que no por su pérdida me encontraré sin el local y abrigo de tu santa viña: donde quiera que anime mi débil existencia, yo perteneceré á tu Iglesia católica, yo seré un vástago en tu santa viña, yo percibiré tu espíritu y el jugo de tu virtud, el rocío de tu gracia, el calor de tu caridad; yo, en fin, seré reconocido por tí, como parte legítima de tu viña católica.

JACULATORIA.

Tuyo soy, Señor; sálvame.

LECCION.

Sobre la necesidad y obligacion en que estamos de sostener la viña del Señor.

¡Cuán viva y eficaz es la palabra de Dios! dice San Pablo; mas penetrante que la espada de dos filos; y llega su finura y sutileza hasta descubrir los pensamientos mas ocultos del corazon. Esta admirable cualidad, que puede considerarse en todas las palabras que Dios dirige á sus criaturas, conviene muy particularmente á la terrible sentencia que hoy se pronuncia contra los malos colonos de la vi-

ña: *A los malos perderá malamente.* Nadie, considerándola con cuidado, dejará de experimentar los mas saludables efectos. Ella basta para reformarnos y hacernos mas vigilantes, pues que pronunciada contra los malos colonos, no comprende á los buenos: atemoriza al impío, al paso que consuela al justo: ella, en fin, confunde al operario perezoso, y por lo mismo debe producir en nosotros una exquisita y cristiana vigilancia. *A los malos perderá malamente.* No hay apelacion; está escrito y se cumplirá: el colono que no trabaja bien en la hacienda, se expone á ser despojado de ella. *Y arrendará su viña á otros que le den el fruto á su tiempo.* ¡Terrible anatema! Es preciso temerla para que no se verifique en nosotros.

Por no hacerlo así perdió Baltazar el reino, la vida y el alma; y en vano hubo un Daniel que le previniera con tiempo la ruina de su trono. Saúl perdió el cetro, la vida y el alma por su mala administracion, sin que le valieran las oraciones del profeta Samuel. Roboan vió hacerse pedazos su reino y pasar á diversas manos en castigo de su capricho, y del desprecio con que miró el consejo de los ancianos. Acab experimentó mas infeliz suerte por su perversa conducta. ¡Pero para qué cansarse en demostrar una verdad tan manifiesta? No creamos que en los ejemplos propuestos se trata solo de la pérdida de reinos temporales, sino del de Dios, que es del que habla el Evangelio en la parábola de la viña dirigida principalmente á los escribas y fariseos, anunciándoles la traslacion de la Iglesia á los gentiles; porque aunque en efecto aqui se habla del reino de Dios, y no de los temporales, es cierto que la mala administracion en éstos perjudica mucho á aquellos. Los principes seculares no están colocados al frente de las naciones, sino para dirigir las por la razon y la justicia, observando la ley de Dios con preferencia á todos los códigos inventados por los hombres. Allá entre los gentiles que no conocen otra felicidad que la temporal, pueden contentarse los que presiden los destinos publicos con aspirar á ella, y proporcionársela á los pueblos que gobiernan; mas los católicos deben tener otras miras mas elevadas, y su felicidad sola no debe contraerse únicamente á proporcionar la de esta vida. El entendimiento del hombre es muy limitado, y muchas veces se extravía creyendo que acierta; necesita pues de una guia segura que lo dirija en todo aquello para lo que no es suficiente la razon. Los legisladores y gobernantes que se conducen únicamente por ésta, se encuentran á ocasiones muy embarazados entre lo que dicta la moral

y lo que á su parecer conviene á las circunstancias actuales de las naciones. En tal conflicto prefieren muchas veces atropellar la moral en obsequio de lo que llaman razon de estado, entendiendo muy equivocadamente aquel axioma tan repetido, de que *la salud del pueblo es la suprema ley.*

Los intereses del pueblo nunca pueden pugnar con los de la religion, y si pugnan es porque se le quiere hacer progresar mas de lo que permiten sus circunstancias. Así como á un particular no le es lícito exaltarse ni enriquecerse por la calumnia, por la usura, por el robo, &c.; así tampoco á un cuerpo moral, cual es un reino ó república le es lícito usar de medidas opuestas á la justicia ó la religion para preponderar y engrandecerse. El divino legislador Jesucristo supo muy bien conciliar los intereses de la religion con los del estado, y siempre que este se conduzca de modo que no perjudique á aquella, ni quitándole su libertad, ni invadiendo sus bienes, ni hollando su autoridad y su decoro, tendrá la bendición de Dios, y con ella la prosperidad y exaltacion que le convenga en el orden de la Providencia, que rige los destinos de los pueblos. Bienaventurado llamaron á un pueblo que abunda en los bienes de la tierra, nos dice el profeta; á un pueblo en cuyas plazas se frecuentan la usura y el dolo; cuyas mugeres brillan con ricos vestidos, adornadas á la manera de un templo; cuyas vacas están gordas y abundan en crías; feliz llamaron á este pueblo; mas no es así, pues solo es bienaventurado el pueblo que sirve al Señor su Dios. Así que, si el bien temporal y verdadero interes del pueblo en lo político son objetos de los desvelos y acertadas providencias de un buen gobierno, mucho mas debe serlo el bien espiritual que conduce al eterno. Jamas un gobierno sabio ha visto, ni puede ver con indiferencia, la religion del estado; y si esto se ha verificado aun en países en que la creencia ha sido vana, y la religion un atentado, cuánto mas debe cuidarse de su conservacion y aumento en un país católico que tiene la verdadera religion y profesa la fé de Cristo! Si la conservacion del sistema político es un objeto que debe sostenerse aun á costa de los mayores gastos y del sostenimiento de guerras reñidas, cuánto mas la del sistema religioso que prepondera tanto al civil; pues si una forma de gobierno se pierde, si una dinastía cae del trono, otro sistema habrá bajo que se constituya aquella nacion, otra casa la que regirá, y aquel pueblo no carecerá de constitucion ni de gobierno; pero si pierde la verdadera religion, lo perdió todo; por-

que no hay otra que pueda sustituirla: toda otra religion es falsa y sacrilega; invencion de hombres que no puede ser accepta á Dios, porque solo de Dios puede venirnos la religion, y solo es verdadera la que de Dios nos viene. En hora buena, no son los principes seculares, ni otro algún gobierno político ó militar, los obreros de la viña del Señor: ni la nacion en cuanto á su legislacion ó sistema político es viña del Señor; pero si lo es en el religioso, porque los mismos individuos que forman el reino para lo político, forman la Iglesia para lo religioso; y de aquí es que los que gobiernan el estado deben conducirse de tal modo que no desvien á sus individuos de los deberes que les impone la religion, ni los saquen del seno de la Iglesia; ántes bien deben amparar á esta en todo lo que tenga necesidad de su auxilio, y conformar sus leyes y providencias en cuanto es dable con el espíritu de la religion; sin que valga decir que el reino de Cristo no es de este mundo; porque esto lo que quiere decir es, que no se instaure para lo temporal, sino para lo eterno, ni se funda sobre el sistema civil ó político de las naciones; pero no que este pueda ser opuesto á la religion y á la Iglesia, ni mucho ménos que separe á los pueblos del seno de ésta, ó los haga exentos de la observancia religiosa. Los pueblos, pues, y los que los gobiernan están dentro del seno de la Iglesia, y forman por consiguiente la viña y reino de Cristo en lo espiritual y religioso. El reino temporal se compone de una nacion ó de una asociacion de hombres que ocupan cierta region ó parte del globo que habitamos; pero la viña del Señor, esto es, la Iglesia católica, debe ocupar todo el globo y dominar en toda la tierra, no en lo político y civil, pero sí en lo espiritual y religioso. Es pues libre un estado para sistemarse como le convenga en lo civil, y variar su forma de gobierno en cuanto le sea adaptable; pero no lo es ni puede serlo para separarse de la Iglesia universal, ni mucho ménos ingerirse en su gobierno ó invadir sus derechos. Todo lo que tienda á esto, tiende al crimen de los que quisieron hacerse dueños de la viña, quitando la vida al heredero.

Nos hemos extendido sobre este particular, porque de la malignidad con que los enemigos de la Iglesia procuran confundir y tergiversar estos principios, proviene que muchos ignorantes é incautos vean sin sobresalto tomarse las medidas con que se separa á algún estado de la Iglesia, y se le hace perder su religion; viéndose con dolor que muchos de estos alucinados cooperan á la excision, y que aunque la mayoría ó la gran masa de una nacion no esté de ese sen-

tir, sucumbe por ignorar la suma importancia del asunto, ó por la confusion que en ella exparcen los que le presentan como de menor importancia los intereses de la religion que los del estado, y como de poca ó ninguna estimacion los derechos de la Iglesia.

Coopera á esta fatal desgracia, el silencio y falta de energia que se advierte en los ministros del santuario, cuando una nacion camina al cisma, ó lo que es lo mismo, á dejar de ser viña del Señor. En muchos casos este silencio y ciertas permisiones son efecto de la prudencia con que se permite un mal menor en obvio de otro mayor, que se conoce puede resultar de la negativa ó resistencia; principalmente cuando ya es mucho el número de hereges y hombres viciosos que llegan á formar un partido, capaz de atentar á cara descubierta contra la Iglesia santa. Pero otras veces, y en lo general hablando, la cobardía de los ministros, la falta de energía en los pastores, el poco interes por el aprovechamiento de las almas, por la extirpacion de los errores, por el sostenimiento de la Iglesia obran tanto en la masa del pueblo, que podemos decir que esta apatía, este silencio, esta omision culpable en la mas grave de las obligaciones que impone la religion á sus pastores y ministros, tienen la mayor parte en la predisposicion funesta que se advierte en un pueblo para la rebelion y el cisma. ¡Ah, si los obreros de la viña no abandonasen su cultivo, si anduviesen á caza de las zorras que la destruyen, si reparasen su vallado, si sostuviesen el decoro y santidad de su lugar y su torre, si vigilasen para su custodia impidiendo el progreso del error en los escritos y discursos, la viña se veria sostenida, el pueblo sano cobraría aliento, y la Iglesia se presentaría como un castillo inexpugnable, no sostenida con la fuerza física, sino con la asistencia de Dios; pero asistencia que solo puede prometerse mientras se dé este espíritu en los pastores y en el pueblo.

Sábado de la segunda semana de Cuaresma.

LA parábola del Evangelio de este dia tiene demasiada correspondencia con la historia que se cuenta en la Epistola, para no ver que la intencion de la Iglesia en esta leccion, es hacernos celebrar en este dia, no solo la vocacion de los gentiles á la fé, sino tambien su preferencia sobre los judios, desde que este pueblo, colmado de bienes, se hizo indigno, por decirlo así, del derecho de la primogenitu-

ra. Este es el sentido alegórico, así de la parábola del hijo pródigo, como de la historia de Jacob y de Esaú. En la una y en la otra se ve la misericordia de Dios bien manifiesta en la predileccion del menor sobre el primogénito. Y como la salvacion se debe obrar observando la divina ley, la Iglesia hace en el introito de la misa de este dia el elogio y el carácter de esta divina ley.

La ley del Señor es pura, hermosa, irreprehensible; convierte las almas, reformando las costumbres, y embelesa á todos los que la contemplan. Es fiel en sus promesas, muda el corazon, y hace sabios á los mas simples. El salmo XVIII, de donde se ha tomado este introito, es una excelente pieza de moral. David confiesa al principio de él que los cielos y todos los cuerpos celestes publican altamente la grandeza y la omnipotencia del Dios que los ha criado; luego da una idea de la santidad de su ley, muy á propósito para hacer santos é irreprehensibles á los siervos de Dios. Los apóstoles y los santos padres han aplicado este salmo, parte á Jesucristo y parte á los predicadores del Evangelio. Teodoro reconoce en este salmo tres suertes de leyes, ó de declaraciones de la voluntad de Dios á los hombres, las cuales son, dice, como tres voces, que nos enseñan cada una en su lengua particular, á conocer, á amar y servir á Dios. La primera es la de la naturaleza, que nos habla en las obras del Criador, la segunda es la de la ley escrita, que nos explica mas por menor sus voluntades y nuestras obligaciones; y la tercera es la de la ley de gracia dada por Jesucristo, y grabada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, mucho mas perfecta y mas eficaz que las otras dos.

En la Epistola de este dia se nos representa la historia de Jacob. Este era hijo de Isaac y de Rebeca, la que en un mismo parto tuvo tambien á Esaú. Este tenia el derecho á la primogenitura por haber nacido primero; pero vendió ó cedió esta prerogativa á Jacob por un plato de lentejas. Este derecho de prerogativa tan apreciable en el Antiguo Testamento, en el sentir de los santos padres, era el sacerdocio, y ademas una noble herencia y la supremacia respecto de los otros hermanos. Mas Esaú, habiéndose casado con una muger cananea, llamada Judit, contra la voluntad de sus padres, desmereció en mucho su amor. No obstante, viendo Isaac que se acercaba el fin de sus dias, le hizo venir para echarle su bendicion, mirándole siempre como á primogénito, y que entrara con este acto en el goce de todas las prerogativas. Mas ántes le pide que le

traiga un animal de la caza, en la cual era bastante diestro, y se lo guisase á su gusto. Rebeca, habiendo oído la petición, deja que se vaya Esaú; y habiendo llamado á Jacob, le dice la intención que tenía de procurarle la bendición de su padre: para, esto le manda que vaya prontamente á escoger en el ganado dos cabritos, y que ella los guisaría de modo que gustarian á Isaac. Mas Jacob, temeroso de que se descubra el artificio, le advierte á su madre, diciéndole: "Mi hermano tiene su cuerpo cubierto de vello y yo no: si mi padre me llega á tocar, y lo advierte, creará que lo he querido engañar; y tal vez atraeré sobre mí su maldición en vez de su bendición." No tienes que temer, hijo mio, le dice Rebeca; esta maldición caiga sobre mí: haz solo lo que te digo, pues tú ignoras el misterio que hay en esto. Es evidente que ella no lo ignoraba, y que lo que la hacía hablar y obrar de esta suerte, era la confianza que tenía de ver cumplido lo que el Señor le había dicho al tiempo de su preñador: Que el primogénito sería súbdito del menor.

Jacob obedece á Rebeca, y habiendo traído los dos cabritos, se los da á su madre; la que los guisa según sabía ser del gusto de Isaac. Hizo que Jacob tomara los mas ricos vestidos de Esaú, y le puso al rededor del cuello unas tiras de la piel de los cabritos y unos guantes de lo mismo, para con esto disipar los temores de Jacob de ser descubierta de su padre, que aunque ciego, lo reconoceria por el tacto, hallándole sin el vello que Esaú tenía. Disfrazado de este modo, entra en el cuarto de Isaac, llevando la comida que Rebeca le dispuso; y preguntándole Isaac quién era, le respondió que Esaú, su hijo primogénito; que había hecho cuanto le había mandado, que comiera de su caza lo que gustara y le echara despues su bendición. (Podia sin mentira decir que era el primogénito, despues que Esaú le había vendido ó dado su derecho de primogenitura; pero con respecto á su respuesta de que él es Esaú siendo Jacob, si tuvo algo de defectuoso. Pero como el Antiguo Testamento era un estado de servidumbre, un estado imperfecto, no debemos admitarnos de que lo que no era sino la simple figura de la ley pura, inmaculada é irrepreensible de Jesucristo, se encontrase algunas veces acompañado de circunstancias defectuosas: sola la ley de gracia excluye todo pecado en sus sagrados misterios).

Mas Isaac dudaba por el metal de la voz de Jacob, diferente de la de su hermano; y despues de satisfacerle Jacob acerca de la brevedad con que había encontrado la caza, atribuyendo á Dios aque-

lla oportunidad, Isaac le hizo acercarse para reconocerlo tocándolo, y saber si era su hijo Esaú, y lo bendijo al fin, asegurado de que las manos velludas eran de Esaú aunque la voz parecia de Jacob.

Aun no había salido Jacob del cuarto de su padre, cuando entró Esaú, presentándole lo que había cazado y pidiéndole su bendición; pero oyendo que se la había dado á Jacob, prorumpió en gritos de desesperacion. Isaac, que ilustrado interiormente entendió que la alta Providencia había dispuesto ese trueque para sus fines, se conservó tranquilo; pero mirando los excesos de dolor á que se trasportaba Esaú, procuró calmarlo con decirle que la grosura y riqueza de la tierra y el rocío del cielo, serian su bendición, quedando Jacob con la primogenitura de que no se le podia ya despojar.

En esta historia se nos representa á los pecadores que venden los derechos de la gloria por cosas las mas viles y despreciables. La desesperacion de Esaú cuando supo que había sido privado de la primogenitura, es tambien la triste imagen del despecho en que caen los pecadores á la hora de la muerte, mirando lo despreciable de los gustos de la tierra en que se enconegaron, y diciendo solo á esa terrible hora: "todo lo hemos perdido."

La parábola del hijo pródigo, que hace el asunto del Evangelio de este dia, tiene mucha relacion con la historia contenida en la Epístola. El Salvador, que había venido particularmente por los pecadores, acaba de animarlos y convidarlos á que se convirtieran, manifestando á cuantos le escuchaban, el gozo que causa en el cielo la conversion de una alma pecadora; y para moverlos mas, añadió la parábola siguiente.

"Había un hombre, les dijo, que tenía dos hijos. (La mayor parte de los antiguos padres son de parecer que estos dos hijos representan á los judíos y gentiles; esto no quita que esta parábola pueda aplicarse tambien á los justos y á los pecadores.) El mas jóven de estos dos hijos dijo á su padre que se sirviera darle su parte ó su legitima para vivir en una entera libertad. (La libertad porque suspiran los jóvenes, es el libertinage.) Aunque el padre se condolló al ver el mal partido que tomaba su hijo, no obstante tuvo la condescendencia de concederle lo que le pedia. Este jóven deja á su padre; y apenas ha salido de su casa, cuando se trasporta á tierras extrañas. No bien se ha mezclado con los libertinos, cuando soltando la rienda á sus pasiones, no tarda mucho en disipar todo el caudal que le queda: pierde todos los frutos de la mejor educacion, todas las loables in-

clinaciones del mas bello natural, y lo que es mas, destierra de su corazon hasta los deberes mas ordinarios de la religion, y se abandona á los mayores excesos y á la mas espantosa relajacion, acabando de este modo con todo su caudal. Se ve por fin en la mayor miseria; la que no hubiera padecido, si no hubiera abandonado á su padre, pues se ve reducido á la mas horrible necesidad por una fuerte hambre que sobrevino en el pais donde se hallaba.⁷

El pecador deja á Dios para ser feliz, imitando al hijo pródigo; pero ¡cuán engañado está, porque no hay estado, no hay condicion mas infeliz! El hijo pródigo, engañado por el mundo, abandonado de todos los compañeros de sus desórdenes, y no sabiendo ya qué hacer, se ofrece á servir á uno de los habitantes del pais, que lo envió á su quinta á cuidar cerdos. Se le hacia demasiado duro al hijo pródigo vivir bajo las leyes del mejor de los padres; y por haberle abandonado, se ve reducido á la mas vergonzosa servidumbre: semejante á esta es la rigurosa esclavitud en que gime el pecador por haber sacudido el yugo de la divina ley; pues tiene tantos amos cuantas son las pasiones que le dominan. El pródigo se hubiera tenido por dichoso en hartarse de lo que comian los cerdos; pero ni aun esto se le daba. La extrema miseria á que se ve reducido, le hace en fin entrar en sí mismo, ó por mejor decir, la misericordia del Señor, que ampara á los libertinos en todos sus desbarros, deramando sobre ellos tanta amargura en sus placeres, para de este modo obligarlos á entrar en sí mismos, no dejando que sufoquen la luz de la gracia, para que no se endurezcan contra las pias inspiraciones que les envia. Pero ¡oh, y qué pocos se saben aprovechar de esta gracia! No así el hijo pródigo; iluminado su espíritu con esta luz de gracia, compara entónces lo que perdió con lo que ha encontrado; coteja la paz, la suavidad y todas las ventajas que gustaba en la casa de su padre, con la vil servidumbre á que estaba reducido: trae á la memoria aquella vida arreglada, uniforme y devota que ha perdido: reconoce que por entónces la suerte del mas ínfimo criado de la casa de su padre es infinitamente mejor que la suya; y lleno de aquella confianza que inspira la gracia, se determina, en fin, á irse arrojar á los brazos de su padre. Este es el primer paso del pecador que piensa en convertirse: un rayo de luz que viene á lucir entre las tinieblas de sus desbarros, acaba, por decirlo así, la obra de su conversion. Pintando en su espíritu los rasgos de bondad que ha visto en su padre, anima su confianza, y aunque su pa-

dre es el único á quien ha ofendido, es asimismo el único en quien espera. No piensa en buscar asilo en casa de los amigos, porque conoce que todos son falsos é infieles. "Quiero ir á mi padre, dice, conozco su corazon: lo mismo será ver que he vuelto á someterme á sus órdenes, que olvidarse de todo lo pasado." Ved aquí cuáles son los verdaderos sentimientos de una alma penitente. Si los desbarros del hijo pródigo son los verdaderos extravíos del pecador, su vuelta y todos los pasos que da, son la mas viva imagen de una alma verdaderamente penitente.

La vuelta del hijo pródigo no tarda un momento en seguirse á su determinacion. *Me levantaré*, y al punto se levanta: *Iré á buscar á mi padre*, y ya está á los piés de su padre. Toda dilacion en materia de conversion es pernicioso: la conversion que se difiere, raras veces llega á tener efecto. Estando todavía lejos, lo vé su padre, y movido de compasion, corre hácia él, lo abraza y lo besa. El le dice: Padre, pequé contra el cielo y delante de vos; no merezco llamarme, ni que me llameis hijo vuestro; tratadme como á uno de vuestros criados. Mas el padre desagraviado con esta sincera confession; manda á sus criados le vistan con el mejor vestido y le pongan un anillo al dedo, le calcen las mejores medias y mas ricos zapatos. La liberalidad sucede á la ternura: el pródigo se vé restablecido en todos sus derechos, desde el mismo instante que se porta como debe, se le viste tan ostentosamente como si no hubiera disipado su legítima. Si el hijo sale aprisa de sus desórdenes, todavía es mas diligente el padre en admitirlo á su amistad. No se contenta con admitirlo en su casa, sino que quiere manifestar su gozo con un festin. Traed, dice á sus criados, el becerro mas grueso, matadle y comamos y alegrémonos, porque este hijo que habia muerto, ha resucitado; porque este hijo que se habia perdido ha sido hallado. ¡Qué ventajosas, Señor, y de cuánto consuelo me son estas figuras! Vos habeis querido pintaros á vos mismo y daros á conocer por estos rasgos de bondad que os son tan propios y que hacen vuestro carácter.

Mas estando todos á la mesa en que se servia una comida espléndida acompañada de una gran música, el hijo mayor, que venia del campo, oyó el alborozo que habia en su casa, é informándose del motivo de esta fiesta, se enristació y se mostró quejoso con su padre. Pero este, igualmente padre del uno que del otro, le dice: ¡Podia ménos de regalar á tu hermano en las circunstancias pre-

sentes? ¿No debo mostrarle el gozo que me ha causado su vuelta? Entonces el hijo le dice: ¿A qué fin hacer una fiesta por un sugeto tan indigno? Mas el padre le responde: Se conoce que hablas como extraño, y que no piensas que yo soy su padre y que él es mi hijo. Estaba perdido para mí; ya no le contaba en el número de los míos; y vuelvo á ver á este hijo, por quien habia derramado tantas lágrimas, cuya pérdida tenia por cierta, y lo veo resucitar contra toda mi esperanza. ¿Podia el Salvador alentar, solicitar, empeñar de un modo mas amoroso y mas eficaz al pecador para convertirse? ¿Podia descubrirnos de un modo mas obligatorio los sentimientos de su corazon para con los pecadores? ¡Oh, y cómo esto prueba bien lo que este amable Salvador nos habia dicho en otra ocasion! Que es mayor la alegría que hay en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de hacerla. Pero al ver cómo el hijo pródigo es recibido de su padre, y con qué prontitud ordena este padre le vistan la mejor vestidura; ¡habrá ministro de Jesucristo que se atreva á echar de sí al pecador, que le suspenda por algun tiempo la reconciliacion con Dios? Sin embargo, no se debe censurar las sabias dilaciones que usan algunas veces los ministros de la Iglesia en la reconciliacion del pecador; porque no ven como el Señor, el fondo del corazon; y hay circunstancias en que no deben asegurarse, hasta que las obras dan testimonio de la mudanza del corazon.

La Epistola es del capítulo XXVII del Génesis.

En aquellos dias: Dijo Rebeca á su hijo Jacob: Acabo de oír á tu padre, que hablando con tu hermano Esaú, le decia: Traeme de tu caza, y guisame un plato, que lo comeré, y te echaré mi bendicion en presencia del Señor antes que me muera. Ahora bien, hijo mio, toma mi consejo; y yendo al ganado, traeme dos de los mejores cabritos para que yo guise de ellos á tu padre aquellos platos de que come con gusto; y sirviéndoselos tú, despues que hubiere comido, te dé la bendicion antes de morir. A lo cual respondió Jacob: Tú sabes que mi hermano Esaú es hombre vellosa, y yo lampiño. Si mi padre me palpa y llega á conocerme, temo no piense que yo he querido burlarle, y acarrearé sobre mí una maldicion en lugar de la bendicion. Al cual la madre: Sobre mí, dijo, caiga esa maldicion, hijo mio: tú haz solamente lo que yo te aconsejo, y date prisa en

traer lo que te tengo dicho. Fué Jacob y lo trajo, y dióle á la madre. Guisó ella los manjares, segun que sabia ser del gusto de su padre. Y vistió á Jacob con los mas ricos vestidos de Esaú que tenia guardados en casa, y envolvióle las manos con las pieles de los cabritos, con que cubrió tambien la parte desnuda del cuello. Dióle despues el guisado y los panes que habia cocido. Todo lo cual llevándolo él adentro, dijo: Padre mio. A lo que respondió él: Oigo. ¿Quién eres tú, hijo mio? Dijo Jacob: Yo soy tu primogénito Esaú: he hecho lo que me mandaste: levántate, incorpórate, y come de mi caza, para que me des la bendicion. Replicó Isaac á su hijo: ¿Cómo, dijo, has podido encontrarla tan presto, hijo mio? El cual respondió: Dios dispuso que luego se me pusiese delante lo que deseaba. Dijo todavia Isaac: Arrímate acá, hijo mio, para que yo te toque, y reconozca si tú eres ó no el hijo mio Esaú. Arrimóse él al padre; y habiéndole palpado, dijo Isaac: Cierto que la voz es voz de Jacob; pero las manos son manos de Esaú. Y no le conoció; porque las manos vellosas representaban al vivo la semejanza del mayor. Queriendo pues bendecirle, dijo: ¿Eres tú el hijo mio Esaú? Respondió: Yo soy. Pues traeme acá, dijo, hijo mio, el plato de tu caza, para que te bendiga mi alma; y habiéndoselo presentado, despues que comió de él, sirvióle tambien vino; bebido el cual, dijo: Llégate á mí, y dame un beso, hijo mio. Llegóse y besóle. Y al instante que sintió la fragancia de sus vestidos, bendiciéndole, le dijo: Bien se ve que el olor que sale de mi hijo es como el olor de un campo florido, á quien el Señor bendijo. Déte Dios el rocío del lo y de la fertilidad de la tierra abundancia de trigo y vino. Sirvante los pueblos, y adórente las tribus: sé señor de tus hermanos: ó inclínense delante de ti los hijos de tu madre. Quien te maldijere, sea él maldito; y el que te bendijere, de bendiciones sea colmado. Apenas Isaac habia acabado de decir estas palabras, y salido Jacob á fuera, cuando llegó Esaú. Y presentando á su padre las viandas de la caza que habia guisado, le dijo: Levántate, padre mio, y come de la caza de tu hijo, para que me bendiga tu alma. Díjole Isaac: ¿Pues quién eres tú? El cual respondió: Yo soy tu hijo primogénito Esaú. Quedó atónito Isaac, y como estático, y sobre toda ponderacion pasmado, dijo: ¿Quién es pues aquel que poco ha me ha traído de la caza que cogió, y he comido de todo antes que tú vinieses? El caso es que yo le bendije, y bendito será. Oídas las palabras del padre, arrojó Esaú un grito furioso, y conternado

dijo: Dame también á mí tu bendición, ó padre mío. El cual le respondió: Vino tu hermano astutamente, y se ha llevado tu bendición. A lo que replicó Esaú: Con razón se le puso el nombre de Jacob; porque ya es esta la segunda vez que me ha suplantado: ántes ya se alzó con mi primogenitura, y ahora de nuevo me ha robado la bendición mía. Y vuelto á su padre: ¿Pues qué, le dijo, no has reservado bendición para mí? Respondióle Isaac: Yo le he constituido señor tuyo, y he sometido todos sus hermanos á su servicio; le aseguré las cosechas de granos y de vino. Despues de esto, ¿qué puedo yo ahora hacer por tí, hijo mío? Al cual replicó Esaú: ¿Por ventura no tienes, padre mío, sino una sola bendición? Rúgote que también me bendigas á mí. Y como llorase con grandes alaridos, Isaac conmovido, le dijo estas palabras: En la grosura de la tierra, y en el rocío de arriba, el cielo será tu bendición.

El Evangelio es del capítulo XV de San Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á los Escribas y á los Fariseos esta parábola: Un hombre tenía dos hijos, de los cuales el mas mozo dijo á su padre: Padre, dame la parte de la herencia que me toca; y el padre repartió entre los dos la hacienda. No se pasaron muchos dias que aquel hijo mas mozo, recogidas todas sus cosas, se marchó á pais muy remoto, y allí malbarató todo su caudal, viviendo disolutamente. Despues que lo gastó todo, sobrevino una grande hambre en aquel pais, y comenzó á padecer necesidad. De resultas púsose á servir á un morador de aquella tierra, el cual le envió á su granja á guardar cerdos. Allí deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Ay! cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo estoy aquí pereciendo de hambre! No; yo iré á mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra tí; yo no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como á uno de tus jornaleros. Con esta resolución se puso en camino para la casa de su padre. Estando todavía lejos, avistóle su padre, y enterneciéronsele las entrañas, y corriendo á su encuentro, le echó los brazos al cuello y le dió mil besos. Díjole el hijo: Padre, yo he pecado contra el cielo y contra tí; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Más el padre dijo á sus criados: Presto, traed aquí luego el vestido mas precioso, y ponédselo; ponede un anillo en el de-

do, y calzadle las sandalias; y traed un ternero cebado, matadle y comamos, y celebremos un banquete, pues que este hijo mío estaba muerto, y ha resucitado; habíase perdido, y ha sido hallado; y con eso dieron principio al banquete. Hallábase á la sazón el hijo mayor en el campo. A la vuelta estando ya cerca de su casa, oyó el concierto de música y el baile. Y llamó á uno de los criados, y preguntóle qué venía á ser aquello: el cual le respondió: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado por haberle recobrado en buena salud. Al oír esto, indignóse y no quería entrar. Salió pues su padre á fuera, y empezó á instarle con ruegos. Pero él replicó diciendo: Es bueno que tantos años ha que te sirvo, sin haberte jamas desobedecido en cosa alguna que me hayas mandado, y nunca me has dado un cabrito para merendar con mis amigos; y ahora que ha venido este hijo tuyo, el cual ha consumido su hacienda con meretrices, luego has hecho matar para él un becerro cebado. Hijo mío, respondió el padre, tú siempre estas conmigo, y todos los bienes míos son tuyos; mas era muy justo tener un banquete, y regocijarnos, por cuanto este tu hermano había muerto, y ha resucitado; estaba perdido, y se ha hallado.

MEDITACION.

Sobre el Evangelio del día.

Considera que el gran gozo que nos hace saber Jesucristo tiene su Magestad por la conversion de un pecador; y el festin con que la solemniza, por decirlo así, nos está manifestando de un modo muy significativo: cuán gran mal sea el pecado, y cuán incalculable sea la pérdida que hace el hombre pecando. Basta saber que es una muerte, que es una perdición, como se explica en la parábola. Y en efecto, estando en Dios todo el principio de nuestra vida sobrenatural, toda la nobleza de nuestro ser espiritual, toda la riqueza, y riqueza de infinito valor, de nuestras almas, ¿qué nos puede quedar despues de haber perdido á esta fuente inagotable, y única, de toda felicidad? Nuestra herencia toda se pierde para nosotros en el momento mismo y por el mismo acto con que pecamos: sin Dios, sin luz, sin guía vagamos por el mundo buscando en las criaturas algo que nos indemnice de la gran pérdida que acabamos de hacer. ¡Diligencia vana! ¡Pasos inútiles! ¡Tiempo perdido! Ni en los hombres, ni en los elementos, ni en los astros, ni en otra alguna criatu-

ra se halla ni puede hallarse la vida que perdimos: la felicidad de que gozábamos bajo el abrigo del amor paterno, la saciedad de nuestras almas, la abundancia y excelencia de bienes que tranquilos y gozosos disfrutábamos, no son fruto ó producto de la naturaleza ni del arte. No se hallan en los senos de la tierra, no en las costas del mar, no en los fértiles campos ni en otra parte alguna: solo se encuentran en la divinidad, cuya gracia y amor hemos perdido. ¡Ah, qué bien se conoce á qué extremo de miseria y pobreza hemos llegado, cuando no disfrutamos ni aun de los placeres sucios, ni aun de los bienes terrenos, cuyo apetito nos hizo abandonar á nuestro Padre!

Considera que no es de extrañar que el hijo pródigo, viéndose en tanto desamparo, y reducido á tanta miseria, pensase en volver á los brazos de su padre, al abrigo de su casa, al seno de su familia, aunque fuese á costa de la mayor humillacion; lo que si debe asombrarnos y maravillarnos, es que tantos pecadores que con mayor desgracia se hallan en el caso del pródigo, no deseen ni procuren volver á la gracia de su Dios. ¡Oh! tú que ha tantos años que abandonaste los brazos y la casa de tu padre; y despues de haber seguido el sendero que te abrieron tus locas pasiones, te hallas sin bien alguno, seguido de los remordimientos mas atroces, consumido de tristeza y arrastrando la cadena de tus enormes reatos, ¿qué haces sentado bajo la sombra de la muerte? ¿Por qué no te levantas y corres á la casa de tu Padre? ¿Qué temes? No es adusto, no huye de tí su rostro, no se niega á tus súplicas y ruegos; desea tu vuelta, la solicita, te abre el camino y te espera con los brazos abiertos: un regocijo grande habrá en los cielos al momento de tu retorno; y tu amoroso Padre te prepara el vestido y el calzado, y dispone el festejo mas grandioso para celebrar tu vuelta. Tus pecados son muchos, muy enormes, muy graves; pero es mayor su misericordia: te manchaste en extremo con una mancha pésima; pero él tiene en su sangre con que lavar tu alma y ponerla mas blanca que la nieve: dispáste tu herencia; mas sus tesoros son inagotables: fuiste ingrato en extremo y perdiste el derecho á su cariño; pero es Padre, y sus entrañas de misericordia no pueden ser insensibles al tierno llanto y á las humildes plegarias con que demandas su perdon y su gracia. Ea, nada te detenga: sal de ese estado miserable: busca tu verdadero bien, vuelve á la vida y al noble ser de hijo de Dios, que solo puedes recobrar en la gracia de tu divino Padre.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¿Qué insensible sería á mi propia desgracia, si cuando encuentro en tu misericordia, ó Dios y Padre mio, el remedio de todos mis males, me cerrara esta puerta de salvacion y me diera á un espíritu de desesperacion ó de indolencia! Yo veo, dulce Jesus, que la imágen interesante del padre compasivo del hijo pródigo, es tu propio retrato: te copiaste en ella para que yo supiese que puedo contar con toda la clemencia y generosidad de mi Padre. Pero, ¡ah que tantas veces he abusado de tu misericordia, volviendo á mis desórdenes y haciéndome indigno de otra nueva gracia! Sin embargo, tú eres el mismo que dijiste á tu Apóstol me concediese tu perdon siempre que volviese verdaderamente arrepentido; y esta tu bondad me abre hoy la puerta para venir, como lo hago, á ejemplo de aquel hijo arrepentido, á arrojarme á tus piés, y decirte humillado: Padre, yo he pecado contra tí: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; mas no puedo hallarme sin tu sombra: hazme como uno de tus jornaleros.

JACULATORIA.

Vuélveme, ó Dios, á la alegría de tu gracia salvadora.

LECCION.

Sobre la parábola del hijo pródigo.

Son increíbles los desbarros y precipicios en que cae una alma al instante en que disgustada del servicio de Dios, sacude su yugo suave y ligero, y se impone la insupportable carga de servir al demonio; luego que abandona al mejor de todos los padres y sigue sus caprichos, los deseos de su corazón y la inclinacion viciosa de su libertad degeneran en prostituciones y libertinage. Tal conducta nos la detalló Jesucristo en el Evangelio del dia de hoy en la persona del hijo pródigo. El mas joven de los hijos de un buen padre, dijo á este: *Dame la parte de caudal que me corresponde*, y el padre se la dió. La juventud es la edad mas expuesta á la perversion y al engaño: su inocencia se deslumbra fácilmente con los falsos brillos del mundo, tan astuto como falaz. La falta de madurez y de experiencia, la vivacidad y el ardor de las pasiones, la ligereza y el mal ejemplo, todo, todo concurre en los jóvenes para precipitarlos á saudir el yugo de la dependencia de la ley, y extraviarse. ¿Cuáles

eran los motivos que tenia el jóven del Evangelio del dia de hoy para dejar á su padre? Ningunos, á la verdad: él comia deliciosamente, estaba servido de un gran número de criados, era querido y respetado de toda la casa, y vivia en la abundancia y sin cuidados. Sus necesidades, apenas aparecian, cuando eran satisfechas: todo concurria á hacerlo feliz. Además, la esperanza sola de poseer alguna vez una rica herencia, era bastante para halagar su gusto, y entretenir sus deseos; pero un capricho, una ligereza le hacen renunciar y hacer cesion de todas estas ventajas, y mal contento con una dependencia que hacia toda su felicidad, deja la casa de su padre, y trata de labrarse por sí solo su fortuna.

No de otra suerte obra el pecador. Se cansa en el servicio dichoso de Dios, se enfada en cargar su yugo suave y ligero, se fastidia de llevar una vida areglada. Una tranquilidad demasiado larga le disgusta, y cree hallar en sus extravios placeres de nuevo y mas exquisito gusto: deja las aguas de la fuente viva que resalta hasta la vida eterna, y va á sacar el agua muerta de las cisternas llenas de cieno. No bien el hijo pródigo pierde de vista á su padre, cuando olvida todos sus beneficios, apresura el paso, y á poco tiempo se encuentra en una tierra extraña, donde sin religion, sin honor y sin vergüenza se abandona á sus pasiones y queda hecho su victima infeliz.

El primer paso fuera de la ley es siempre una funesta y segura caida. El alma que no está siempre asida fuertemente á la piedra inmóvil de la fé, bien pronto es arrastrada del torrente de sus pasiones. La inclinacion es violenta, el declive casi perpendicular; la caida por lo mismo es segura y rápida: lo mismo es dar el primer paso que caer y precipitarse en el abismo. Es bien sabido que las personas que han sido devotas, si llegan á pervertirse, dan en los mas enormes excesos, se olvidan de Dios y de sí mismas. La fé se apaga, la caridad se extingue, la razon se esclaviza, y únicamente reinan las pasiones. ¡Cuántos desórdenes no se originan de este trastorno! Cuando una persona religiosa se disgusta de su estado, cuando un casado se enfada de su suerte, cuando el tino desmiente su vocacion y el otro la contradice, ¡qué de pecados en pocos dias! A los desórdenes sigue la ceguedad, á esta la insensibilidad, y á la insensibilidad el total abandono de Dios. Bien pronto se ven reducidos á la última miseria. Las necesidades y escaseces que ignoraba el hijo pródigo en la casa de su padre, se le amontonan y le

obligan á ponerse á servir para no morir de hambre. Tal es la suerte de los que abandonan á Dios; tal es el estado miserable á que se sujetan: no hay hombre ménos libre que el libertino. ¡Ojalá y la vista de su miseria le inspirase su conversion! Entónces veria la bondad de Dios que le espera; entónces conoceria su sabiduria, y experimentaria su amor.

El hijo pródigo molestado de la necesidad (¡dichosas miserias, trabajos felices!) piensa en sí mismo: ved aquí el primer paso que debe dar el pecador para convertirse. Los mundanos, los libertinos temen tanto entrar dentro de sí mismos, por no ver sus desórdenes, por no oír sus remordimientos, que por eso andan siempre entre el tumulto de diversiones, visitas, tertulias, paseos, espectáculos y juegos; aun no se concluye una diversion, cuando ya proyectan otra. ¡Con qué malos ojos no ven los dias de retiro y penitencia! Pero ¡ó memoria sin límites del Eterno! Cuanto mas se alejan de vos, Dios mio, tanto os acercáis á ellos, y los convidais á la participacion de vuestra felicidad.

Las tristes, pero saludables reflexiones que hace el hijo pródigo sobre su lastimoso estado, la comparacion de lo que fué en la casa de su padre y de lo que ahora es fuera de ella, le hacen conocer su locura y lamentable extravio. La razon sola cuando no la perturban sus domésticos enemigos las pasiones, condena siempre los desórdenes de una vida desarreglada. ¡Podrá tener gusto cualquiera que tenga juicio en lo que lo ha de hacer gemir por toda la eternidad? Si pensásemos un poco sobre las incalculables desgracias que aun en esta vida acompañan al pecador, sin duda que volveriamos sobre nosotros mismos, y nos apartariamos de tantos precipicios á que voluntariamente nos arrojamos. Hagamos, pues, en tiempo estas reflexiones, para que nos sean provechosas; no aguardemos á hacerlas á la hora de la muerte, ni ménos cuando ya estemos en el infierno, pues entónces serán inútiles, y nos servirán de tormento, de rabia y desesperacion.

Es preciso decidirse al instante, dejar los proyectos de reforma, las conversiones indeterminadas para lo porvenir; pues no son mas que flores sin fruto, y un cebo gustoso que adormece al pecador. La verdadera contricion obra con prontitud, é inspira siempre una gran confianza. Ella hace al pecador pedir el perdon de sus faltas, implorando la misericordia del Altísimo, pues conoce que á pesar de todos sus desórdenes, no ha dejado Dios de ser su Padre, por mas

criminal que él haya sido. Así lo manifiesta el mismo Jesucristo en la parábola de que vamos hablando; pues despues de haber hecho el retrato del pecador en la persona del hijo pródigo, hace el suyo en la del padre de este hijo convertido: *Y viole este cuando estaba todavía lejos; movido á compasion, corriendo á él, se echó sobre su cuello y le besó.* ¿Conque apenas lo divisa cuando al momento corre á abrazarle, lejos de echarle en cara su ingratitude y desbarros? ¡Qué amor tan inefable! El gozo que le ocasiona su vuelta es tan grande, que no puede contenerse. Banquete, regocijo, es á lo que se reduce el enojo de un padre tan injustamente abandonado. La liberalidad sigue á su ternura; manda se le restituyan todos sus derechos puesto que ha vuelto á su deber. ¿Habrá pecador que viendo esto, aun rehuse volverse á Dios? ¿No le moverá tanta ternura y tanto amor? Es necesario tener un corazon de diamante para no sentir en la contemplacion de esta parábola los mas tiernos afectos. Si hemos imitado al hijo pródigo en separarnos de Dios, imitémosle tambien en volver á él.

Tercer Domingo de Cuaresma.

Este tercer Domingo se llama comunmente el Domingo del demonio mudo, por contenerse su historia en el Evangelio de la misa de este dia. Tambien suele llamarse el Domingo *Oculi*, de la primera palabra del introito, como por la misma razon se suele dar el nombre de *Reminiscere* al Domingo precedente, y el de *Lectare* al cuarto. Antiguamente se llamaba este Domingo, el Domingo de los *Escrutinios*, que quiere decir, del exámen de los catecumenos, á quienes disponian para recibir el Bautismo al fin de la Cuaresma, y el primer exámen se hacia en este dia. Los griegos le llaman el Domingo *del Leño precioso y vivificante*, es á saber, de la Cruz, la que nombran con una sola expresion: *Stauroproscinense*. Como la semana de este Domingo es la semana de la mitad de la Cuaresma, los fieles han aumentado siempre su devocion y fervor, á proporcion que se han ido acercando á aquellos sagrados dias en que celebra la Iglesia los grandes misterios de nuestra redencion.

El introito de la misa es del verso décimo sexto del Salmo XXIV. Este Salmo, como ya se dijo, es una afectuosa oracion de un hombre extremadamente afligido, que perseguido por aquellos mismos

á quienes ha llenado de beneficios, no halla consuelo en la amargura de su corazon, sino en solo Dios, en quien pone toda su confianza: de cuya oracion nos podemos servir siempre que nos veamos perseguidos por los enemigos de nuestra salvacion, diciendo con David: *Mis ojos estarán siempre puestos en el Señor, en la firme confianza de que me librará de los lazos de mis enemigos*, y que con tal de que yo no pierda jamas de vista este punto fijo del cielo, este astro benéfico que gobierna todo el universo, no tengo que temer ningun naufragio. Pero en vano, Dios mio, tendria yo fijos en vos los ojos y el corazon; si vos no los pusiérais en mí; no atendais, ó Dios de misericordia, á la muchedumbre y enormidad de mis pecados; dignaos mirarme con ojos propicios; por lo mismo que me hallo destituido de todo socorro, espero ser el objeto de vuestra compasion. Vos solo, Dios mio, sois todo mi consuelo, mi apoyo y mi fortaleza: en ninguna cosa hallo alivio sino en vuestra bondad y misericordia; y así no ceso de levantar mi corazon hácia vos, en quien únicamente tengo toda mi confianza. No padezca yo, Dios mio, la confusion de verme abandonado de vos.

La Epístola de este dia es una exhortacion que hace San Pablo á los de Efeso, para que sean imitadores de Dios y de Jesucristo. *Sed imitadores de Dios*, les dice, *como hijos muy amados*. El modelo es muy perfecto, es muy excelente; Jesucristo no nos propone otro ménos elevado, ni ménos noble: Sed perfectos, dice este Señor, como vuestro Padre celestial es perfecto. ¿Cuál debe ser la inocencia, la santidad, la perfeccion de un cristiano, con un modelo tan grande? Vosotros habeis recibido la gracia de hijos adoptivos de Dios, les dice San Pablo, Dios gusta que le llameis vuestro Padre; tened pues la ternura, la confianza, el reconocimiento que deben tener unos hijos bien nacidos, con un padre tan bueno; imitad su dulzura y su clemencia; perdonad á vuestros hermanos, añade San Gerónimo, como él os ha perdonado á vosotros, y tratadlos del mismo modo que el Señor os ha tratado. El Apóstol les dice, imitad al Señor, en su dulzura, benignidad y paciencia en sufrir á los que le ofenden: imitadle en su misericordia sin límites, y en su inclinacion á perdonar y á hacer bien á los que mas le han ofendido. Caminad con espíritu de amor, así como Jesucristo nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros, en calidad de ofrenda y de víctima de un olor agradable á Dios. Vuestras costumbres, vuestras obras y toda vuestra conducta, deben ser una prueba efectiva de que amais á Jesu-